

PAGASTE POR MÍ (Parte 2) **Isaías 53: 5-12**

La semana pasada estuvimos viendo los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo en los azotes que recibió y dejé bien claro que no era mi intención despertar emociones sino el llevarnos a valorar tan grande sufrimiento, tan grande sacrificio, por usted y por mí, solamente para que pudiéramos ser salvos, y con ello motivarnos al compromiso con Él. Vimos que el agradecimiento se refleja en acción.

En la primera parte de este mensaje vimos que el Señor Jesucristo es el cumplimiento de la palabra profética de Isaías quien describe bastante bien cómo habría de ser su vida y ministerio, más de 700 años antes de que ocurriera. Él sería rechazado, difamado, despreciado, desechado, maltratado y, posteriormente asesinado. Todo por llevar una culpa que no tenía, Él no merecía tal castigo. Esa culpa era de usted y mía, era la culpa del pecado con lo cual nos habíamos convertido en enemigos de Dios y merecedores del castigo eterno en el infierno.

La buena noticia es que el Señor Jesús vino para impedir que eso sucediera entregándose a sí mismo como ofrenda pura para pagar el pecado cometido por usted y por mí; vino a tomar nuestro lugar en la Cruz para que Dios lo tratara a Él como pecador y así usted y yo pudiéramos ser tratados por Dios como sus hijos. Él se hizo culpable para que usted y yo pudiéramos ser declarados inocentes. Él derramó su Sangre con la cual nos lavó del pecado (*1Jn. 1:7*). Él llevó nuestros pecados a la Cruz para que pudiéramos ser declarados justos dice el Apóstol Pedro (*1P. 2:24*). El justo por los injustos (*1P. 3:18*).

El valorar tan grande regalo debe llevarnos a dar una respuesta a Él; una respuesta de entrega, de compromiso; compromiso que se traduce en darlo todo por Él así como Él dio todo por nosotros. ¿Estando dispuestos? ¿Qué vamos a hacer con tan grande regalo de salvación? ¿Cómo vamos a agradecer este gran regalo tan inmerecido que recibimos de parte de Dios? ¿Qué estamos dispuestos a hacer por Él? ¿Cuánto seríamos capaces de sacrificar por Él?

La semana pasada concluía diciendo que si el sufrimiento de nuestro Señor antes y durante la Cruz y el entender por qué lo hizo no nos mueve

a comprometernos con Él, entonces nada lo hará. Mi oración es porque podamos darle esa respuesta de compromiso que Él espera de nosotros.

“Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (vv. 7-9).

El Señor Jesús es el mejor ejemplo de cómo se debe responder ante el dolor. Él se encontraba maltratado y adolorido completamente en todo su Cuerpo. El Señor es comparado con la figura de un cordero porque el cordero era el animal que se usaba en sacrificio como ofrenda tanto en el Día de la Expiación (Nm. 29:8), como en la Pascua (Ex. 12:3-6). Expiar significa pagar una culpa y ser purificado. El sacerdote hacía un ritual con el cordero a quien simbólicamente le cargaban los pecados del pueblo para luego dejarlo ir, es decir, el cordero se llevó el pecado del pueblo. Esta expiación era de carácter temporal, cada año se tenía que hacer. Pero Juan el Bautista presenta al Señor Jesús como el Cordero de Dios que quita, es decir, que se lleva lejos, el pecado del mundo. Él quitaría el pecado de todo el mundo, lo llevaría sobre Él y borraría la culpa del pecador (Jn. 1:29). El Apóstol Pablo dice que esa sola ofrenda, es decir, esa ofrenda presentada solo una vez, fue suficiente para borrar nuestra culpa de una vez y para siempre, de manera que ya no serían necesarios los sacrificios temporales (Heb. 10:1-25).

Dice Isaías que este Siervo, el Mesías, no pelearía para defenderse, no opondría resistencia porque sabía cuál era el propósito de su muerte. Más de 700 años después, vemos al Señor Jesucristo no reclamando nada a quienes lo maltrataban (Mt. 26:63; 27:12,14 / 1P. 2:23). Fue como una oveja. Hemos visto que las ovejas no se defienden de sus atacantes. Fue considerado un criminal y juzgado en un juicio por demás ilegal, injusto y hasta perverso, el cual finalmente determinó que debía de pagar “su culpa” con la muerte.

Él fue llamado engañador, blasfemo, alborotador, loco y hasta diabólico; por eso fue contado entre los malhechores; de hecho, fue crucificado en medio de dos malhechores. Pero el profeta Isaías dice que, a pesar de ser tenido como un impío (malvado, pecador), en Él nunca hubo maldad, ni hubo engaño en su boca. Pedro dice en el Libro de los

Hechos que Él se la pasó haciendo el bien (*Hch. 10:38*) y confirma estas palabras de Isaías también (*1P. 2:22*). Juan dice que nadie le pudo redargüir de pecado (*Jn. 8:46*), es decir, nadie le pudo presentar evidencia o comprobar pecado alguno. Él no abrió su boca; ni para defenderse, ni mucho menos para maldecir. Él sabía que todo esto era necesario, porque así estaba escrito (*Lc. 24:46*), y porque así se lo había mandado su Padre (*Jn. 10:18*), para salvarnos a usted y a mí. A Él lo castigó, como dice Isaías, para que usted y yo pudiésemos tener paz (v.5).

Cuando dice Isaías que “...*fue cortado de la tierra de los vivientes...*” (v.8), está diciendo no sólo que moriría, sino que su muerte sería violenta y dolorosa; y el relato de los Evangelios nos dice que la muerte de nuestro Señor Jesucristo fue hasta lenta y cruel.

Dice Isaías que *con los ricos fue en su muerte*. Más de 700 años después, vemos al Señor Jesucristo honrado por dos ricos del pueblo: Don José de Arimatea, miembro del concilio de los judíos, algo así como la Suprema Corte de Justicia de la Nación (*Mc. 15:43 / Lc. 23:50*), y Don Nicodemo, que era uno de los principales fariseos (*Jn. 3:1*). Ambos, hombres ricos y de mucha influencia.

“*Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento **justificará mi siervo justo a muchos**, y llevará las iniquidades de ellos*” (vv.10-11).

Dios ha herido (que es el sentido de la palabra *padecimiento*) a su Siervo, no porque hubiese cometido algún pecado, sino porque cargó sobre Él los pecados de toda la humanidad. Una vez más Isaías nos habla de la muerte del Siervo. El Siervo tomaría el lugar del pecador, es decir, pagaría en lugar del pecador, a favor del pecador. El Siervo se ofrecería a sí mismo como ofrenda por la culpa, tal como estaba establecido en la Ley de Moisés (*Lv. 5:14 – 6:7*). Después que se haya entregado a sí mismo, dice el Señor que verá descendencia (linaje) y que vivirá por largos días. Esta frase *de largos días*, en el pensamiento judío, significa bendición abundante por mucho tiempo, por eso dice que Él haría prosperar la voluntad de Jehová, es decir, el Señor Jesús cumpliría y haría cumplir la voluntad de Jehová con éxito.

La pregunta sería ¿cómo es posible esto?, ¿qué no va a morir? Aquí estamos viendo una clarísima referencia a la resurrección del Señor. Después de que cumpla su misión en la tierra dando su vida por el pecado de los demás, Dios le levantaría de nuevo. Más de 700 años después de esta palabra, vemos que el Siervo de Isaías es el Señor Jesucristo, quien cumplió la voluntad de su Padre (*Jn. 4:34; 5:30; 6:38-40*) y quien vino a dar su vida para rescate de muchos (*Mt. 20:28 / Mc. 10:45*).

Notemos que tanto Isaías como el Señor Jesucristo utilizan el adverbio *muchos* y no dicen *todos*. Ciertamente la salvación es para todos aquellos que crean en el anuncio, es decir, en el Evangelio y se arrepientan y se conviertan de sus caminos (*1Ti. 2:4 / 2P. 3:9*); pero infortunadamente no todos lo harán. Solo aquellos que lo hagan serán hechos justos y solo los pecados de ellos serán cargados al Señor. No es algo automático, no es cuestión de pertenecer a una religión u otra, no es cuestión de portarse bien; es una cuestión de fe y de entrega. Estos son los *muchos* de los que hablan Isaías y el Señor.

Dice también Isaías que el sacrificio del Siervo no será en vano, verá fruto. La iglesia de Jesucristo en todo el mundo es el fruto de su sacrificio en la Cruz; cada creyente y cada persona que se convierte en cualquier parte del mundo es el fruto de aquel sacrificio. En el capítulo anterior Dios había dicho que su Siervo triunfaría y sería levantado y puesto muy en alto. Más de 700 años después el Apóstol Pablo dice que, por ser obediente a la voluntad de su Padre “...Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un Nombre que es sobre todo nombre, para que en el Nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (*Flp. 2:9-11*). Por su obediencia vino a ser el autor de la salvación y declarado Sumo Sacerdote por parte de Dios (*Heb. 5:9-10*); es decir, el Único puente entre Dios y el hombre (*Hch. 4:12 / 1Ti. 2:5*); el Único camino para llegar a Dios (*Jn. 14:6*).

*“Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, **habiendo Él llevado el pecado de muchos**, y orado por los transgresores” (v.12).*

Esta es una expresión que significa que se ha logrado una victoria muy grande y que se goza con los frutos de la victoria y los reparte con los valientes que lo acompañan. El Señor Jesús reparte su herencia con aquellos que creyeron en Él (*Ro. 8:16-17*). Esos también son los *muchos*

de los que habla el Profeta Isaías. Estos son el fruto de su muerte y resurrección.

Conclusión.

La obediencia tiene recompensa y la aflicción cuando se soporta da frutos. La clave está en mantener la mirada puesta en el Señor, así como el Jesucristo lo hizo con su Padre. Él nos ayuda no solo a soportar sino a superar toda prueba (1Co. 10:13). Este es uno de los grandes ejemplos que nos enseña el Señor Jesucristo. Al dolor se le responde con fe; al maltrato, a las acusaciones falsas, al rechazo y al desprecio se le responde con amor, dejándose guiar siempre por el Espíritu Santo.

Cuando digo que al recordar la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo no lo hacemos con un toque meramente emocional, quiero decir que este gran sacrificio del Señor demanda una respuesta por parte de nosotros; respuesta que se traduce en obediencia y compromiso con Él, con su Palabra, con su obra. Es decir, Dios no espera que usted llore por lo que le pasó al Señor Jesús; Dios espera que usted y yo nos movamos y valorem tan grande sacrificio y demos una respuesta de compromiso.

La semana pasada y hoy hemos aprendido cuál es esa respuesta que Dios está esperando de nosotros. Cristo literalmente derramó su vida en la Cruz para darnos la esperanza de vida a nosotros pecadores. ¿Cómo vamos a responder a tan grande sacrificio por amor? Ojalá esta sea una Semana Santa diferente a las que hemos vivido antes.

Este capítulo presenta un cuadro muy completo de lo que la muerte del Señor Jesucristo logró a favor de toda persona que, arrepentida de sus pecados, se vuelve a Dios. Dios es Santo y como Santo no puede ni tolerar ni vivir en el pecado como si nada; Dios es un Juez Justo y como Juez Justo tiene que castigar el pecado; pero también Dios es un Dios de amor y como Dios de amor no quiere castigar al pecador. Por eso, para no contradecirse en sus atributos Divinos, Dios cargó los pecados del mundo sobre la persona de su Hijo Jesucristo y descargó sobre Él el castigo por la culpa que teníamos usted y yo. Solo el Señor Jesucristo podía presentar esa ofrenda permanente que sería agradable delante de Dios y que nos traería la reconciliación y la paz con Dios.

¿Cómo vamos a responder a tan grande sacrificio de amor? ¿Se da cuenta que la salvación no es cualquier cosa? Pablo tenía bien claro lo que

la salvación significa, le daba el peso y valor que tiene y por eso vivía una vida de entrega a Cristo. Pablo sabía que la salvación era algo tan serio que decía: *“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, **ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor**”* (Flp. 2:12).

Semana Santa es un buen tiempo para meditar en el valor y el peso de la salvación en nosotros y para evaluar la respuesta que estamos dando por tan grande regalo; respuesta de obediencia, servicio, amor, paz, entrega y compromiso con el Señor, con Su Palabra y con su Iglesia siendo los nuevos embajadores que llevan las Buenas Nuevas de salvación a todo el mundo. Feliz Domingo de Ramos. Amén... Vamos a orar...